PALOMA DOMÍNGUEZ QUEJIGO

EN EL MIRADOR DEL 'ORIENT EXPRESS'

'Orient Express' in Balkonunda

Vision Libros

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas de las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

© 2012 EN EL MIRADOR DEL 'ORIENT EXPRESS'
© PALOMA DOMÍNGUEZ QUEJIGO
© 2012 Editorial: Vision Libros
C/ Magnolias 35 bis 28029 Madrid. España
Web: www.visionlibros.es Tel: 0034 91 3117696

ISBN: 978-84-9011-640-1
Depósito legal: M-37063-2012

Disponible en papel y ebook
www.vnetlibrerias.com
www.terrabooks.com

Pedidos a:
pedidos@visionnet.es

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de nuestro grupo editor envíe un correo electrónico a:
subscripción@visionnet.es

PRIMERA PARTE

"…PERO CÉSAR SIGUIÓ SU PROPIA LEY: ERA LA LEY DE LUCHAR CON EL ESCUDO HASTA QUE UN DEDO SE ALZASE"

(Combate entre Prisco y Vero)
M. Valerio Marcial, *Liber de Spectaculis*, XXIX)



CAPÍTULO I.- 1

La amplitud del despacho impresionaba, sobre todo por las espectaculares vistas que lo rodeaban. Una extensa mesa de madera de cerezo presidía la estancia con solo un portátil, una jarra casi llena de agua y un vaso de cristal. Al lado, un halógeno de pie y detrás un sillón de alto respaldo y mullido asiento de piel.

Su genialidad estaba sobradamente demostrada. Nadie discutía sus indicaciones, sus proyectos, su manera de enfocar un programa. Era el gurú de la comunicación televisiva. Sin embargo, su apariencia retraída, la indecisión que manifestaba cuando mantenía una conversación con cualquiera de sus colaboradores e incluso subordinados de bajo rango en la jerárquica organización que dirigía, contrastaba con ese renombre consolidado y magníficamente cotizado.

Aquella primera hora de la tarde escuchaba con una relativa atención al asesor jurídico cuyos servicios había contratado la empresa, avalado por su pertenencia a una consultoría de prestigio internacional. El lenguaje que utilizaba este iba en consonancia con sus gestos retóricos, que fluían de manera natural. La impaciencia de Álvaro iba aumentando al mismo ritmo que la supuesta pedantería del abogado.

— Se ha terminado su tiempo. Quiero tomar un café tranquilo… Volveré a llamarle. Su lenguaje… no es muy práctico y no me ha quedado nada claro si vulneramos algún derecho de imagen u otra zarandaja de esas…

Había hablado sin mirarle. Como titubeando, pensativo, mirando con una atención incomprensible las dos paredes que en ángulo tenía de frente.

El color moreno de la piel del letrado absorbió el rubor que le habría delatado, pero no pudo disimular su contrariedad ante la actitud déspota de su cliente. Se sentía ridículo disculpándose por no haber conseguido disipar las dudas que le había planteado.

— Creo, sinceramente, que es un formato bastante arriesgado…

— Se ha terminado su tiempo…

Miguel Alcudia pertenecía a la cuarta generación de una saga de ilustres abogados. Su apellido era respetado por más de un centenar de clientes muy poderosos y jamás le habían tratado con ese desprecio. En realidad, le habría contestado que es un "programa bastante excéntrico, como usted", pero afortunadamente su educación pasaba por saber dominarse y callar cuando su razón le aconsejaba hacerlo.

Salió del despacho de Álvaro Sanguino Sebastián decidido a tratar este asunto con sus socios. No estaba dispuesto a batallar con ese enfermo mental, sí, enfermo. Su programa era una exhibición de violencia juvenil que no aportaba a la sociedad nada positivo, sólo avivar los impulsos más primitivos del ser humano.

En esas reflexiones estaba cuando el teléfono móvil vibró a la altura del pecho. Un caso difícil acababa de encargarle el gran jefe, el socio mayoritario de su empresa.

Saldría hacia Estambul en el primer vuelo disponible. Defendería con el rigor y la seguridad que le caracterizaban los intereses de un rico empresario del sector textil y, aprovechando su estancia en esa cosmopolita ciudad, pasaría unos días con su buen amigo İbrahim. No obstante, el mal sabor de boca que le había producido su breve conversación con el señor Sanguino perduraba como una mancha de vino.

A la vuelta expondría en su Compañía su renuncia al caso de ese fenómeno mediático que, inexplicablemente, había conquistado a los mecenas publicitarios, a los dueños de cadenas televisivas y a los espectadores de medio mundo.

Mientras Miguel Alcudia pulsaba el botón del ascensor que le conduciría a la planta baja de ese coloso de hormigón y cristal, Álvaro Sanguino sorbía ruidosamente con una pajita el café con leche que Yago le había servido desde un termo que él mismo había llenado con café de cafetera, como todos los días.

— Hoy está un poco más caliente de lo debido.

— No es posible. Los mismos minutos en la vitro y el mismo tiempo de siempre en el termo —protestó Yago ante la insatisfacción de Álvaro.

— Repito. Está más caliente de lo debido.

— Pues no —replicó el ayudante, asistente, confidente, tutor…, de todo, menos amigo.

— Eres terco, querido Yago.

— Y tú impertinente, querido Álvaro.

— Basta.

— De acuerdo.

Le sirvió una segunda taza y escuchó, con el mismo desagrado de todos los días de los últimos tres años de su vida, el ruido que probablemente exagerara a propósito ese ser anodino con gafas portentosas y un frondoso flequillo que, en forma de onda, cubría toda la frente y parte de la montura de pasta negra.

— ¿Has revisado el autocar? ¿Has comprobado que están todos los chicos?

— Síííííííííí.

Era un "sí" cargado de resignación muy, pero que muy, intencionada. Sabía que decirle de esa forma indirecta al jefe que era un pesado le irritaba profundamente. No se reconocía como un ser reiterativo, obsesivo y maniático, pensaba por enésima vez Yago.

— Ese tono te costará caro algún día.

— Más caro que trabajar contigo no puede haber nada.

El ángulo que formaban las dos paredes —que incomprensiblemente se empeñaba en posicionarse frente a él— había vuelto a atrapar la atención de Álvaro como un imán.

Yago supo que ya no escucharía nada de cuanto le dijera, que había entrado en trance, como definía ese estado en el que de cuando en cuando el genio de los *mass media* parecía sumirse. Retiró la taza del café y la llevó a la contigua cocina que, junto con una práctica y bien acondicionada habitación, así como un amplio y lujoso baño, formaban un sobrio apartamento en el que Álvaro a veces permanecía durante varios días.

Al cabo de unos minutos le buscó con la mirada a la par que le lanzaba otra secuencia de preguntas.

— ¿A qué hora está prevista la salida? ¿Cuántos muchachos son finalmente? ¿Has conseguido que nos alquilen la casa para dos noches por lo menos?

— Salimos en media hora —Yago miró el reloj para cerciorarse de su exactitud—, cuando los "psicos" terminen la sesión de iniciación. Son siete en total, cuatro chicos y tres chicas. Nos alquilan el chalé durante dos días completos, hasta el jueves a las siete de la tarde.

— ¿Has visto a los chicos?, ¿qué te han parecido?

— Responden al perfil que tú has definido. Sin criterios, holgazanes, con malos hábitos y muy influenciables. Creo que los psicos lo tienen fácil con ellos.

— El abogado no me ha convencido nada. Que envíen a otro de la consultora y que nos garantice que no tendremos problemas. Los críos serán tontos, pero los padres pueden buscarnos las vueltas, aunque sólo sea por la pasta.

— Todos los padres o tutores —hay dos chavales acogidos por la Comunidad— han dado su visto bueno. Han firmado los contratos y no han sido nada exigentes con el dinero, se han conformado con una minucia. Seguramente sea el único ingreso que algunas familias obtengan este mes. En cuanto a la Comunidad, también está pelada, así es que ha aceptado todas las cláusulas sin pegas, a cambio de una módica cantidad por cada chaval.

— ¿Han quedado reflejadas las cantidades abonadas a la Comunidad en el contrato?

— No. Por supuesto que no…

— Lo suponía. En el de los familiares imagino que sí

— Sí, siempre es una garantía si surgen problemas.

— ¿Mi equipaje está ya en el autocar?

— Claro, Álvaro, ¿es que todavía no te has dado cuenta de que sé hacer bien mi trabajo?

Más que una respuesta emitió un sonido indefinible y se ajustó las gafas con un leve toque del dedo índice derecho en el puente, lo que Yago interpretó como una afirmación.

— Necesito agua… Ya sabes que no me puede faltar una botella de agua a mano…

— Álvaro, tranquilízate, no empieces a perder los nervios. Todo irá bien, volverás a hacer un programa de éxito.

— ¿Tú crees?

— Estoy seguro.

El mago de la televisión pulsó los dedos sobre sus muslos como si de un teclado imaginario se trataran. Acdefgjhilmnk. Poco a poco se iba acelerando el movimiento y comenzó a sudar profusamente.

— Agua, Yago. Dame agua.

—Toma. Cálmate, ¿vale? Tienes que calmarte, así no puedes subir al autocar. Los chicos no pueden verte en este estado, eres el director del programa, el hombre famoso que van a conocer en persona, que van a tener al lado suyo. Bebe, pero despacio.

La botella temblaba entre sus manos hasta el punto que el agua se vertía fuera de la boca y empapaba el cuello de la camisa.

— Anda, vete al baño, lávate la cara. Estás todo sudado, te traeré una camisa para que te cambies.

En el vocabulario de Álvaro no se encontraba la palabra "gracias". Jamás tenía un gesto de reconocimiento hacia nadie, ni siquiera hacia él, pensó una vez más Yago.



CAPÍTULO II.- 1

El autocar estaba en la puerta del edificio donde se ubicaba la cadena de televisión que había fichado al mejor creativo del momento. Tenía veinte plazas, por lo que los chicos se habían dispersado de modo totalmente anárquico, ya que entre ellos no se conocían.

Los dos psicólogos que viajarían y estarían continuamente con ellos se habían situado juntos, en los asientos más próximos al conductor, con la idea de que cuando comenzara el viaje, uno se iría al fondo, donde se sentarían el jefe y su asistente.

Yago subió delante de Álvaro, comprobó que estaba todo el mundo y con una amable sonrisa fue indicando a los chicos que se sentaran correctamente, sin pisar la tapicería ni con las piernas colgando en los brazos de los asientos. Una mocosa con cara de ida se resistía a obedecer, así es que el semblante del hombre se transfiguró en milésimas de segundo y con un ligero movimiento de la mano reforzó una autoridad que la chavala percibió claramente. Volvió la sonrisa pacífica al rostro de Yago y avanzó hacia el final del autocar, seguido del jefe, el cual, con gran satisfacción verificó la impresión que le había transmitido su hombre de confianza: buen material ha-

bía reunido, sí señor. No les iba a costar conseguir sus objetivos con ese elenco de pimpollos, tiernos e ignorantes.

Chirrió los dientes, recordando que no había guardado la férula en el maletín, así es que se fastidiaría la boca con esa manía suya que los desgastaba cuando cualquier emoción —bueno, cualquiera no— emergía entre las tinieblas de sus pensamientos.

Los chicos le miraban sin saber qué hacer o decir, pero pasó despacio delante de ellos y continuó hasta su asiento sin dirigirles una sola palabra.

Bruno y Martín, los dos psicólogos, se pusieron en pie para estrechar su mano, pero declinó el saludo y llevándose la botella a la boca dio un largo trago que volvió a mojarle el cuello de la camisa.

— ¿Cómo enfocarán la formación?

Bruno, devolviéndole una mirada de aprobación a su colega, cedió la palabra a este.

Martín tenía una voz grave y envolvente, con una cadencia que llamó la atención de Álvaro. Le gustó como modulaba, su pronunciación impecable.

— Creemos que lo más acertado sería trabajar con ellos en grupo la mayor parte del tiempo, pero dedicarles como mínimo una hora a cada uno para asegurarnos de que han captado bien el objetivo de su trabajo. El nivel de aprendizaje puede variar mucho de un individuo a otro, sobre todo en chicos tan jóvenes. Además, el comportamiento de las chicas seguro que es más complejo que el de los chicos.

La atención con que le escuchaba el jefe le intimidó en algún momento, pero estaba convencido de que no se le

había notado. No obstante, tendría que estudiar qué tenía ese hombre que desequilibraba su aplomo.

Otro largo trago de agua dejó la botella a menos de la mitad de su capacidad. Se pasó un pañuelo por los labios y cerrando los ojos mantuvo a sus colaboradores durante algunos minutos expectantes, sin atreverse a hacer comentario ni movimiento alguno hasta que don Álvaro retomó la palabra.

— Las chicas pelearán después de que lo hagan los chicos. Las tres a la vez, eso sí. Serán el plato fuerte del programa Genera mucho más morbo ver una pelea entre mujeres que entre hombres, más todavía si conseguimos recrear un auténtico anfiteatro Un pequeño coliseo en un plató de televisión

Yago le miró de reojo, controlando esa admiración que inevitablemente sentía hacia su jefe, pero que no podía manifestarle porque sus reacciones, inesperadas siempre, oscilaban entre el engreimiento más insoportable y la inseguridad más destructiva. Sin embargo, Álvaro conocía sobradamente esa veneración y esta vez, una más, se dejó llevar por la corriente de su vanidad.

— Tenéis el historial de cada chico, por supuesto — miró a Bruno y a Martín con clara intención de exigirles que afirmaran su convicción, como así hicieron— ¿Me los pasáis?

Ambos se quedaron un poco perplejos de que los quisiera de manera inmediata, pero la petición no dejaba lugar a interpretaciones. Había que dárselos ya.

— El programa tiene que estar grabado para el viernes. El sábado empezará a emitirse y, dependiendo de la audiencia, el próximo lunes volveríamos a grabar el siguiente, lo que significa que tendremos una cantera de chavales

seleccionados para al menos ocho programas nuevos. ¿Estamos preparados para ello?

Esta vez fue Bruno quien respondió.

— Desde luego. Hace dos meses que tenemos hecha la selección, incluso la clasificación en grupos de siete, para más de doce programas.

La respuesta satisfizo al antropólogo. Álvaro se había doctorado en antropología y lógicamente —como habría añadido Yago— fue "cum laude". Dudó entre estudiar medicina o biología, pero finalmente y en contra de las expectativas de su madre y su tío —un hermano de su padre, invidente, que había asumido las responsabilidades de un padre tras la prematura muerte de Víctor, su progenitor- estudió antropología. Jamás imaginaron ambos que el chico pudiera sacarle tanto partido a una carrera universitaria tan limitada, al menos para vivir de ella.

Durante dos años, después de terminar los estudios, viajó por distintos lugares del mundo, aunque donde más tiempo permaneció fue en el continente africano. Su tesis doctoral había causado un gran revuelo en el ámbito de la docencia antropológica por lo bien documentada, su dimensión didáctica indiscutible y su originalidad al plantear determinadas hipótesis que nadie, hasta entonces, había sugerido. Unas "proposiciones protocolarias" —utilizando la terminología de Witttgenstein y del Círculo de Viena— en algunos casos bastante polémicas incluso.

El estudio de las costumbres del hombre, las relaciones parentales, la organización política y económica de un grupo tribal o de una sociedad sofisticada, así como las bases de su alimentación, sus creencias —la llamada fenomenología de la religión— o sus diferentes maneras de

interactuar con el ecosistema, seguían siendo objeto de investigación por parte de Álvaro.

Su programa, que se televisaría durante las próximas semanas, sería una demostración empírica de algunas de sus teorías, desprendidas fundamentalmente de sus estudios más profundos y apasionados sobre las relaciones humanas, desde un punto de vista totalmente antropológico. Consistiría en una exhibición indiscutible de los rasgos comunes en toda la naturaleza humana, empezando por el instinto más primario, el de la supervivencia. El espectador podrá comprobar cómo este instinto anula la razón y cómo, a pesar de siglos de evolución, esa transmisión hereditaria tiene el mismo vigor en la actualidad que en los hombres primitivos, en contra de las corrientes antropológicas que postulan la neutralización de ese instinto por la adaptación del ser humano a medios urbanos y alejados del primitivismo.

Comenzó a leer las fichas de los muchachos habiéndose acomodado en el asiento y abstrayéndose de la compañía que, resignada, se limitó a mirar por la ventanilla o escuchar música con los auriculares, como en el caso de Yago: siempre que tenía ocasión, escuchaba música.

Sí, efectivamente el material parecía muy bueno. Chavales sin cultura alguna, lacras para la sociedad, delincuentes de facto o potenciales, incapaces de respetar a nadie.

— ¡Basura!

El sustantivo resonó en el autobús como un globo cuando explota. Fueron varias caras las que se volvieron hacia él, entre ellas las de dos chicos que dormitaban medio tumbados en el asiento.

De pronto empezó a avanzar por el pasillo. Quería revisar "el producto" de cerca. El olor a sexo le irritó. Adolescentes con las hormonas disparadas. Tendrán que ducharse con más frecuencia y detenimiento, ¡vaya que lo harán…! Recibió el gesto desafiante de unos mocosos que no imaginaban el infinito desprecio que sentía por ellos. Una cólera voluptuosa recorría todo su ser. Acercó una mano hacia la cara de una chica, le daba igual como fuera, no reparó en detalle alguno de esa escoria, sólo le apretó la mandíbula con una fuerza a duras penas contenida. La muchacha quiso apartarse, pero no lo logró, entonces le soltó una patada que Álvaro esquivó, para a continuación darle un par de bofetadas que hizo saltar las lágrimas de la chica y que paralizó la respiración del resto de los chicos.

Martín y Bruno hicieron amago de levantarse, pero Yago los detuvo con un gesto de la mano.

Antes de volver a su asiento le arrancó los auriculares a un chaval que movía la cabeza al ritmo de la música estrepitosa que escuchaba.

— Esta música embrutece, a ti ya no te hace falta.

— Eh, tú, devuélvemelos. Me costaron una pasta.

— ¿De dónde sacaste la pasta?

— A ti qué coño te importa. Son míos. Me has robado.

— Claro, pero ¿sabes ? No, tú qué vas a saber Robar a un ladrón no tiene castigo.

— ¡Pero qué dices, tío. Estás loco!

— ¿Cómo te llamas?

— A ti no te importa.

— Mira, "A ti no te importa", para que veas que soy honrado, te los voy a devolver.

Rodeó el cuello del muchacho con los finos cables de los auriculares y continuó hacia su asiento.

Los "psicos" confirmaron que sería un trabajo complicado, que por eso les pagaban una fortuna

Yago le proporcionó otra botella de agua que consumió en apenas tres tragos.



CAPÍTULO III.- 1

Cada joven tenía una habitación individual, no muy grande, pues se notaba que la propiedad de la casa había aprovechado el espacio al máximo para destinarlo a estos fines: convivencias de chicos de colegios, talleres, retiros espirituales, grupos de yoga,… etc.

Tenían órdenes muy estrictas en cuanto a no compartir en ningún momento la habitación con cualquier otro chico o chica del grupo. Los contactos entre ellos, incluso durante las comidas, estarían siempre supervisados por Bruno y Martín.

A las cinco en punto de la tarde estaban convocados en la sala-taller. Se les había insistido durante la comida en que la puntualidad era un requisito inexcusable. Sin embargo, llegada la hora además de Bruno y Martín solo una chica y dos chicos se habían presentado.

La entrada en las habitaciones de los chavales careció del más mínimo atisbo de condescendencia. Con la llave maestra los "psicos", escoltados por dos gorilas con caras de pocos amigos, iban abriendo las puertas y con máxima rudeza se les obligaba a vestirse y dirigirse sin rechistar al lugar de la convocatoria.

A las cinco y veinte estaba el grupo completo. Permaneciendo en silencio durante diez minutos, hasta que el jefe hizo su aparición. Durante esos diez minutos los chicos se ponían nerviosos, apoyaban la cabeza contra la mesa, se balanceaban en la silla peligrosamente, o una niña se limaba las uñas.

Álvaro no iba a reprenderles por la tardanza. Al menos de manera directa. No demostraría su desagrado, su desprecio de momento. Tenía otra estrategia mucho más eficaz que una charla recriminatoria.

Adoptó un tratamiento muy formal, muy correcto con ellos. Se presentó sucintamente y a continuación hizo lo mismo con Bruno y Martín.

— Serán vuestros instructores, vuestros consejeros. Cualquier situación que os preocupe, cualquier duda, cualquier necesidad, *debéis* tratarlas con ellos.

La sala-taller se organizaba en círculo, de unos tres metros de radio, formado por una sucesión de cómodas butacas perfectamente adaptadas a la geometría de la circunferencia, pero móviles e independientes. Álvaro había apartado la suya para sentarse y, a propósito, rompió la uniformidad que los "psicos" habían exigido mantener.

Separado un metro largo del perímetro, revisó con exagerada atención a cada uno de los chavales, prolongando de manera premeditada la observación en alguno más que en otro, ante el desconocimiento del porqué, tanto de los propios muchachos como de los dos profesionales.

A pesar del desparpajo de los chicos, ante la presencia del jefe —como le llamaban los "psicos" y Yago— permanecieron en silencio, claramente intimidados por la figura de Álvaro; percepción que éste recibía sin duda con gran

satisfacción, convencido de que esa autoridad, casi temor, le facilitaba la consecución de sus objetivos. Tenía esa habilidad, podía hipnotizar a la gente, lavar su casi siempre frágil cerebro, anular su escasa voluntad ¡Era tan sencillo y le resultaba tan gratificante!

— Hemos pagado por vuestra colaboración una importante cantidad de dinero a vuestras familias o tutores

Los dos chavales procedentes del Centro de Acogida de menores de la Comunidad se miraron entre sí, ruborizándose visiblemente.

Los "psicos" no se miraron, pero ambos constataron de nuevo la crueldad del hombre que les pagaba. No debía de albergar ni una gota de piedad por nadie, llegó a afirmar mentalmente Bruno, que a pesar de llevar algunos años desenvolviéndose en medios bastante enajenados de la realidad, inimaginables para el ciudadano de a pie, todavía sentía que el vello de su cuerpo se erizaba cuando era testigo del abuso de un adulto con chavales faltos de personalidad y de la más mínima solidez emocional, aunque fueran, a su vez, deplorables en sus conductas, focos de vandalismo y del peor ejemplo de evolución de la raza humana. Zanjó ese brote filosófico y sentimental que no se podía permitir y se dio orden a sí mismo de no volver a caer en esa trampa.

Tras ese lapso tan prolongado de silencio desde el comienzo de su arenga, continuó con el mismo tono calculadamente enfático.

— No penséis que esa pequeña fortuna que hemos invertido en vosotros será a cambio de una mínima rentabilidad Si creéis eso, estáis peligrosamente equivocados. El mejor consejo que puedo daros es que si queréis volver a vuestro hogar o lugar de procedencia con un buen sabor de boca —lo contrario, os lo garantizo, sería un pésimo

recuerdo para el resto de vuestras vidas—, tendréis que dar lo mejor de vosotros mismos. Habéis sido seleccionados entre cientos de chicos, candidatos que estarían encantados de poder participar en lo que será un hito en la historia de la televisión. Vamos a entrar en todos los hogares de este país y no habrá día que cuando un estudiante llegue a su centro escolar o un trabajador a su oficina, a su tienda, , no comenten vuestras proezas, vuestro coraje, el instinto más puro del ser humano reflejado en vosotros.

El tópico del efecto dominó se materializó en la sala—taller. Uno, luego otro, otro, los siete chicos se movilizaron en sus asientos. Las palabras del jefe les había emocionado, había provocado en ellos una inquietud, habían sido fuente de una motivación que nunca habían experimentado.

Álvaro buscó la jarra de cristal girando únicamente los ojos hacia la mesa que tenía lo suficientemente próxima como para alcanzarla sin moverse apenas. Se sirvió agua en el vaso y bebió dando muestras de lo necesitado que estaba de reponer líquido. Reanudó su discurso enardecedor.

— Estos dos grandes profesionales con los que vais a tener el privilegio de trabajar, de desarrollar vuestras habilidades —había entornado los párpados y de cuando en cuando llegaba a cerrar los ojos para subrayar la profundidad que querían transmitir sus palabras— estarán velando por vosotros las veinticuatro horas del día, pero no os tolerarán que infrinjáis las normas, serán severos con sus gladiadores.

Abrió los ojos y descubrió el brillo en las miradas de los chicos. Estaban entregados totalmente, no sabían lo que tendrían que hacer, pero sí que se trataría de algo muy diferente a la rutina del colegio, la vida en familia y las andanzas con los amigos.

— ¡Gladiadores, pasaréis a la historia de la televisión!

Yago permanecía de pie junto a la puerta. Debatiéndose entre la admiración a ese fuera de serie de la comunicación y el miedo que le producía la alimaña que anidaba en su interior y le llevaba al éxito más rotundo desde hacía varios años. Quizás nunca descubriría qué sentimiento tenía más peso, pero tal vez tampoco sabría jamás si él era también un poco como ese excéntrico antropólogo con el que un día se encontró y al que hasta entonces no se había planteado, ni una sola vez, abandonar.

Álvaro posó su mirada en las tres chicas. Como era de esperar, se habían sentado juntas siguiendo el dictado de una máxima humana, "la unión hace la fuerza". Sí, pensó el jefe, pero la máxima correlativa es "divide y vencerás". La muchacha a la que había dado el par de bofetadas hacía unas horas en el autocar le miraba con recelo, desviando sus ojos cada vez que el hombre se los buscaba. No había olvidado cómo le ardía la cara después de sacudirla y, lo peor, de ponerla en ridículo delante de los demás chicos.

— Vosotras no sois tres chicas corrientes, sois el paradigma de una mujer independiente, transgresora, que no acepta tópicos gazmoños ni prejuicios.

Guardó silencio, pero su discurso continuaba mentalmente: bajaréis a la arena y pelearéis como lo hacen las hembras del mundo animal, lo haréis porque tendréis que sobrevivir.

Vació el resto del agua de la jarra en el vaso y el paso del líquido por la glotis se dejó escuchar en la sala.

Se levantó y como si no quedara nadie tras él salió de la habitación y se dirigió hacia el despacho que le habían habilitado. Extrajo del bolsillo derecho de la chaqueta una